



ADICIONES

Á LA HISTORIA DEL INGENIOSO HIDALGO

Don Quijote de la Mancha

CAPITULO PRIMERO

De lo que el Cura, el Barbero, y Sansón Carrasco hicieron para sacar á Sancho de la miseria en que estaba, después de la muerte de Don Quijote; y cómo lo consiguieron por medio de los duques.

Descolgó su bien cortada pluma el prudentísimo Cide-Hamete Benengeli (porque le pareció no tenerla ociosa, y colgada según la dejó en el capítulo LXXIV, de su ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha), para seguir la historia de su escudero Sancho Panza, lustre y blasón de su patria, y digno por sus buenos servicios y famosos hechos, de que no quedase al olvido este segundo héroe, de cuyo calibre, como del de su señor, se hallan muy pocos en el dilatado ámbito de la tierra: no quiero decir que en todas no se halle abundante número de Quijotes y Sanchos, que el pensarlo sería mucho agravio; sino que de aquel calibre de valor en el uno y entendimiento en el otro, con dificultad se hallarán.

Empezando á escribir los sucesos de este escudero, inseparable del valeroso Don Quijote, dice el veracísimo Benengeli así: Fueron tantas las demostraciones de sentimiento que hizo el buen Sancho, que el Cura y maese Nicolás temieron más de una vez le acabaran con la vida.

Quejábase amargamente de la fortuna (como si ella fuese capaz de oír sus quejas), porque habiéndole levantado de un pobre porquerizo á escudero de un caballero andante, y, lo que es más, á la alta dignidad de gobernador insulano, lo había despojando de estos honores, reduciéndole otra vez á guardar puercos y cabras, sin que hubiese dado motivo para este abatimiento. Pero como la fortuna se burla de los hombres, de sus quejas, y de sus reconvenções cuando quiere, también cuando se le antoja atiende á sus clamores y suspiros. Así lo hizo con Sancho, como se verá en el discurso de esta verdadera historia; porque todo lo dispone de un modo tan raro, que á dos que igualmente caminan por una senda con pasos iguales y concertados, al uno improvisamente lo despeña, y al otro lo eleva hasta la más alta cumbre de las felicidades humanas.

Pero como para esto se vale de algunos medios, dispuso que el mismo Cura que le consolaba en sus cuitas, le dijese un día, que más que otros le vió afligido: No hay que echar la sogá tras el caldero, Sancho amigo, buen ánimo, y no desconfiar de la fortuna; escribiremos á los duques el estado infeliz en que habéis quedado; y como vos al fin les servisteis de gobernador baratarío, y ellos por práctica de su grandeza, siempre atienden á sus criados, habiendo sido vos uno de los que les sirvieron tan á su satisfacción y gusto, ¿por qué no habéis de esperar que os atiendan y ampáren? A lo que Sancho, lanzando

un profundísimo suspiro, dijo: Señor Cura, creo que si les pido lograré mi alivio; porque son, además, caritativos y piadosos, como se ha echado de ver, solicitando el desencanto de Altisidora, en que no tuve yo poca parte: ¡qué de hachas de cera ardían, cuyo costo sería muy grande! ¡qué de reyes no vinieron á este desencanto! ¡y qué de música no costeó el duque mi señor para este caso! Y en verdad que fué la misma Altisidora la que tuvo la culpa de su mal; pero en el mío, en que no la tengo, ¿con cuánta más razón procurarán socorrer mis cuitas? Alérgrome, respondió el Cura, de veros tan conforme, y más de oír vuestras bien fundadas esperanzas; y me extendo á deciros, que pienso que los duques vuestros amos han de tener á mal el que no les aviséis para socorberos en el infeliz estado en que os veis de guardar cabras, no porque esto os deshonne, que el ser pastor á ninguno afrenta; sino porque habiendo sido gobernador insulano, y militado escuderialmente en la Caballería Andante; como que de lo uno y de lo otro quedasteis hidalguizado, las gentes tendrían que decir, si viesen que sin buscar otros medios, os habéis ocupado en estos ejercicios campestres, opuestos á la hidalguía moderna; porque en la antigua, los hombres todos sin distinción de clases guardaban los ganados y labraban las tierras; y esta consideración tuvo presente vuestro amo cuando quería ser el pastor Quijotiz, y que yo le acompañase con el nombre de pastor Curiambro, para hacer ver con su ejemplo, que no se oponía esto á la caballería, porque si se opusiese, ó pudiera empañar sus brillos, ¿cómo vuestro amo había de incurrir en esta afrenta?

En esto estaban, cuando llegó el Bachiller Sansón Carrasco, á quien el Cura comunicó su pensamiento

de escribir á los duques el estado de Sancho su ex-gobernador, y no sólo lo aprobó, sino que se ofreció á escribir la carta, que se aceptó, y habiéndose despedido todos de Sancho muy contentos de verlo tan consolado, cada cual se fué á su casa, quedando citados para la de Sancho en el siguiente día por la mañana, en que el Bachiller ofreció llevar la carta á la censura del mismo Cura, y maese Nicolás, que era practicón en cartas misivas, por estar condecorado á más de sangrador y sacamuelas del partido, con el título de Agente de Curial Romano, cuyo ejercicio con los otros lo hacían habilísimo y fecundo de voces y cláusulas epistolares, según pública voz y fama.

Al siguiente día por la mañana se juntaron todos tres en la casa de Sancho, y sacando Sansón la carta, se la dió al Cura, que la leyó muy despacio; y diciendo, está como debe estar, la alargó á maese Nicolás, quien también la leyó con mucha atención, arqueando dos veces las cejas, según afirmó después el mismo Sancho, y habiéndola vuelto á la misma mano del Cura, dijo á éste, que según su leal saber y entender, estaba en todo y por todo como en ella se contenía; y que se buscase sujeto que la llevase por no fiarla al extravío de la estafeta; á más de que las cartas de aquella clase debían presentarse en mano propia, por las razones que daría, si le fuesen preguntadas. El Cura, el Bachiller, Sancho, Teresa (que también estaba con el oído alerta) y maese Nicolás, empezaron á discutir quién la conduciría, y después de un maduro examen recayó la elección á pluralidad de votos sobre Tomé Cecial, co-escudero andante, en el servicio del mismo Bachiller, cuando fué Caballero del Bosque, cuyo nombramiento se hizo saber por el mismo Bachiller al Tomé Cecial,

como enviado extraordinario de esta comisión en beneficio de su compatriota, la que el dicho Tomé ofreció cumplir con toda legalidad; y habiéndole entregado la carta, reduciendo á ella sus credenciales, partió Cecial al castillo donde los duques se hallaban en aquel tiempo, visitando y arreglando sus pueblos.

No dice Benengeli, qué hubiese acaecido en el intermedio de llevar la carta al castillo; sólo sí que la recibió la misma duquesa, y que vertió algunas lágrimas cuando supo la muerte de Don Quijote, y el estado miserable de Sancho; que se la dió al duque, pidiéndole atendiese al pobre Panza, pues había quedado tan desdichado con la muerte de su amo Don Quijote.

El Duque se informó de Tomé, acerca de la enfermedad y muerte de aquél, y dijo á la duquesa quedaba á su arbitrio el disponer en cuanto á Sancho; á que la duquesa respondió, que pues lo dejaba á su voluntad, quería que á Sancho se le socorriese con alguna cantidad al pronto, y que se le mandase volver al castillo bajo de algún pretexto, y nombre especioso, para que le sirviese de diversión, respecto de hallarse algo triste por falta de las que regularmente hay en las cortes y grandes ciudades. Sea así, dijo el duque, venga Sancho luego, que quiero ocuparlo en algo en esta visita de mis pueblos; porque él en el gobierno de la Insula Barataria manifestó su discurrir acertado, y aquí podrá sucederle lo mismo.

Esto dijo el duque en voz alta, y oyéndolo aquel eclesiástico grave que tenían en casa, y tuvo con Don Quijote aquellas pesadas razones que se dijeron en su historia, no pudo reprimirse, y con voz trémula, colérica y atropellada, dijo:

Señor, todas las cosas tienen su tiempo, y fuera de él son como irregulares: cuando vuestras excelencias estaban en la diversión de la caza, ya como que podían pasar las sandeces de Sancho; porque aquellos días se dedicaron puramente á la diversión; pero en estos que vuestras excelencias han destinado justamente á la inspección de sus pueblos, con el loable fin de quitar abusos, y exterminar desórdenes por su propia obligación, parece cosa extraña dar motivo con la venida de este simplón, á que sindiquen á vuestras excelencias de que mezclan las burlas con las veras: desde que este socarrón, y el loco de su amo aquel Don Quijote, entraron en el castillo, todo se mudó de suerte que parecía más bien casa de orates que de unos duques: ¡cuántos gastos se hicieron inútilmente! ¡cuánta cera se gastó en encantamientos! (que aun está por satisfacer): las doncellas, y todos los sirvientes, con motivo de la libertad de las burlas, se tomaron muchas licencias en ofensa de Dios, y de su estado: no se permita en tiempo de quitar desórdenes, el que se hagan los que se harán precisamente, y serán del mayor tamaño. Luego vos, respondió el duque, habéis discurredo que Sancho viene para burlas; pues no es como lo discurrís, viene para veras, y muy veras; porque su procedimiento en el gobierno de la Insula Barataria lo tengo muy presente, y habrá pocos gobernadores en todas las insulas que obren tan limpiamente como obró Sancho. El viene á ser mi consultor, y así pienso yo, con su dictamen, poner en orden mis pueblos, en lo que estuviesen desarreglados.

Vuestra excelencia, respondió el religioso, creo que me tiene á mí por tan simple como es Sancho, pues quiere crea que viene para aconsejarle: no soy tan tonto como se me hace, tengo dadas pruebas de

lo contrario, pues en mi comunidad he sido demandante de partidos, sacristán mayor, procurador interino y Administrador de casas, y unos y otros empleos en ninguna parte se dan á simples; y con licencia de vuestra excelencia, si Sancho viene me retiraré á mi casa, porque no quiero ver este desbarato, que no puedo remediar.

Nada respondió á esto el duque, dice la historia, sino que llamando al secretario le mandó escribir la siguiente carta:

A SANCHO PANZA

MI EX-GOBERNADOR INSULANO

Teniendo entendido, buen Sancho, vuestro desamparo, y condescendiendo con vuestra súplica, he resuelto, que luego que recibáis ésta, os pongáis en camino para mi castillo, en donde hallaréis mi segunda orden del modo como habéis de entrar en él á ejercer el empleo de mi consultor de cámara, y para vuestro viaje y socorro os envío con el que ésta os lleva doscientos escudos, de cuyo recibo daréis aviso á mi secretario.—El Duque.

Con esta carta, y los doscientos escudos, que en moneda de oro se le entregaron á Tomé Cecial, marchó á llevar á Sancho la noticia, tan contento como bien despachado, habiendo sido regalado todo el tiempo que allí permaneció, como cuerpo de rey.

Ya, Sancho, no te quejarás de tu fortuna (exclama Benengeli) pues te ves consultor de un duque, cuando menos podías discurrirlo: ruégote, Sancho, que no pierdas la memoria, que no desprecies á los que antes de serlo te conocieron; y tú, ¡oh ilustre

matrona Teresa Panza, gloriáte de que la suerte te dió por marido un hombre, que ha merecido de la fortuna tan alta elevación!

Caminó Tomé Cecial aceleradamente para dar á Sancho la buena nueva, y los escudos; pues debiendo tardar dos días, llegó en uno, pero tan puesto el sol, que casi puede decirse llegó de noche: fuese en casa del Cura, así por estar más á la mano, como también porque su comisión había sido dada por él, y era consiguiente, dar al mismo la respuesta y noticia de sus resultas. Estaba el Bachiller con el Cura, y ambos admiraron este acontecimiento tan fuera del orden regular: miraban la carta, la leían una y muchas veces, y contaban los escudos, sin quererse persuadir que estaban despiertos, sino que soñaban lo mismo que veían: Tomé Cecial repetía con la carta la verdad del nombramiento publicado á su presencia en el castillo; y, con casi duda de ser cierto que estaban despiertos, fueron todos tres con pasos acelerados y semblantes de la mayor alegría á casa de Sancho, que acababa de llegar de recoger unos sarmientos, que traía sobre el rucio.

El Cura habló el primero, diciendo: Ya señores llegó el día de placer para esta casa; ya señor l'anza sois consultor del duque, que esto responde á vuestra carta, y acreditan doscientos escudos que os envía por señal de su generosidad: yo he tenido en ello mucho gusto; porque del extremo de infelicidad os veo pasar al otro de honor y abundancia, sin tocar en los medios de este camino tan escabroso y dilatado con tan alta guisa.

Teresa, antes que Sancho dijese una palabra (porque parece, según después se vió, que Sancho había quedado con el gozo en uno como letargo, que no fué extraño no se notase antes por la escasa luz que

daba un candil que hacía la iluminación) dijo: Señor Cura, no hay para qué burlarse de nosotros, ¿Sancho consultor? Vaya, señor, buena está la burla. No soy hombre que me burlo, señora Teresa, ¡Sancho consultor! y el cómo es esto, ni á vos, ni á mí nos toca averiguarlo; porque estas materias son hondas, y muy hondas para nosotros; la carta y el dinero están aquí, y ellos dirán la verdad, y yo quiero ser creído con tan buenos testigos. Ya en esto había vuelto Sancho, y con ademanes de hombre que vuelve de un parasismo, dijo: Señor Cura: ¿yo consultor del duque? paréceme que no puede ser, porque según mi magín, el consultor debe ser leal, y tratar verdad, y esto no á todos gusta. En este tiempo, y sin saber cómo, cundió en el pueblo la novedad, y á ella ocurrió maese Nicolás, que como facultativo conoció síntomas insultorios en Sancho, y habiéndole aplicado algunos lenitivos, y entre ellos un par de tragos de vino del país, de que hizo donación el señor Cura, mandándolo traer del tonel de su mismo uso; con este refrigerio provincial, que todos disfrutaron, quedó el nuevo consultor libre del amago, y muy contentos los concurrentes.

Pasáronse en bulla y alegría algunas horas, y habiendo Sancho quedado solo con el Cura, porque los demás se retiraron á sus casas, éste con voz grave encaminó á Sancho el siguiente razonamiento:

Ya, señor Sancho, que hemos quedado solos, bueno será que salgan de mí, como vuestro párroco, algunos consejos útiles para vuestro gobierno, y la permanencia en la gracia de los duques, que, si los tenéis en la memoria, sin duda seréis feliz en vuestro cargo. Sea el primero tener á Dios presente, que es la principal causa de obrar bien todos los hombres: el temor á Dios abre camino en las mayores

dificultades, atrae amigos y conserva ágiles los entendimientos: procurad visitar todos los días su santo templo; pues allí mejor que en otras partes le podéis pedir su gracia para vuestro encargo, é implorar su gran misericordia.

No olvidéis á los de vuestro linaje: pero no los tengáis para todo tan presentes que seáis notado; y ni á ellos, ni á ninguno ofrezcáis lo que por vos mismo no podéis cumplir, ni dilatéis el favor, de modo que se malogre el mérito de dar, que sucede así cuando se ofrece y se retarda.

Cread amigos, principal caudal del hombre; pero amigos que sean de buena inclinación y limpio trato, tomad de ellos sus consejos, que es el modo seguro de acertar: no os fiéis de ninguno que sea adulator, ni charlatán, pero sin despreciarlos; porque si así lo hacéis, criaréis en cada uno muchos enemigos.

Advertid con el mayor cuidado á los que el duque quiere y favorece, para distinguirlos en el aprecio de los demás; pero cuidado con guardar de ellos vuestros sentimientos, si alguno tuviéseis.

Nunca pretendáis en la casa del duque nuevos puestos, ni encargos; pues si tenéis su gracia, y la de los que quiere y favorece, los tendréis todos para disfrutarlos, y ninguno para servirlo.

El ser callado es un dón muy particular, que da Dios á quien quiere, y suele muchas veces consistir en esto la felicidad humana, y mucho más debéis de ser callado en las materias que se disputan, y tal vez no entendéis; pero preguntadlo en ellas, entendiéndolas, decid siempre la verdad.

Cuando intentéis alguna empresa, ponedla, antes que al público, á la censura de quien os la pueda contradecir; y si no fuese de su aprobación, olvidarla luego al instante de vuestra memoria.

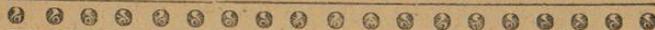
Sed muy comedido en vuestra persona, en vuestro gasto, y en vuestro vestido, huíd de la profusión y el lujo, origen de muchos males, y ruina de opulentas casas: porque es deshonor vuestro querer sobresalir á fuerza de gastos inútiles, y poco respeto á los que con este modo os queréis igualar.

Cuidad, Sancho, muy mucho de las contribuciones que se pagan al duque, y que se le recojan sin violencia: celad de sus colectores el modo de versearse en estos encargos, y si gastan más de lo que prudentemente se regulan sus salarios y emolumentos; si así es, apartad del duque estos hombres, destinándolos á otros encargos, que no sean de este manejo: poned, si está en vuestra mano, por escala estas comisiones, experimentando en poco, para confiar en mucho.

En todas materias mirad por los vasallos del duque, regulándolos como unos árboles que fructifican cada año; porque si en uno se les apuran los jugos, se acaba el fruto para los siguientes, quedando seco el árbol, y su dueño pobre, y precisado á no contarle en el número de los que le contribuyen.

En todos tiempos cuidad de distinguir los buenos, y extinguir los malos, y también de tener presente estos consejos que os doy para vuestro encargo y vuestra segura permanencia.

Acabó el Cura su razonamiento, al que estuvo atentísimo Sancho, y teniendo aquél por conveniente dejarlo descansar hasta otro día se retiró á hacer lo mismo á su casa.



CAPÍTULO II

En que se resuelve la duda, que tantas veces se ha tocado en esta memorable historia, acerca de discurrir Sancho unas veces como sabio, y otras como ignorante; y cómo la fortuna le deparó un maestro de civilización.

Apenas, dice el autor arábigo, había vuelto de la iglesia á su casa el Cura, la mañana del día que se siguió al que dió los cristianos y prudentes consejos á Sancho, entró en ella el Bachillér Sansón Carrasco, quien después de los ordinarios acatamientos, dijo: Verdaderamente, señor Cura, que todo cuanto oigo y veo en el caso de Sancho Panza, me parece cosa de sueño. ¿Cómo es posible que se pueda creer que el duque, no estando fuera de todo juicio, haya nombrado á Sancho para comunicarle las cosas de su confianza? Por cierto que me temo no haya aquí algún misterio, y sea este caso como el gobierno de la Insula Barataria. A fe, á fe, señor Bachillér, respondió el Cura, que Sancho cuando gobernador no hizo cosa desproporcionada, y que si pensaron burlarse de él en el gobierno, él se burló de todos con sus sentencias y oportunas providencias: ¿quién podía discurrir fuese de Sancho la que dió en la causa

de la mujer forzada en el campo, y la que pronunció en el caso del viejo perjuro de la caña hueca, cuyas advertencias y discursos son de un hombre astuto y no de un rústico, como Sancho, á no decir, que un hombre puede algunas veces, siendo mentecato, discurrir como sabio; y esto á la verdad es duro de creer.

Este reparo que pone el Cura (dice en nota Cide-Hamete) me hizo consultar la especie al gran físico moro instruídísimo, quien respondió con la carta siguiente, que pongo para noticia de mis lectores.

»No es extraño, ¡ho esclarecido Benengelil (dice Benanzel) que un hombre pueda mudar en un instante su entendimiento, pasando éste de sabio discurrir al extremo contrario, y de éste á aquél, bien que no es cosa muy común; pero se ha visto muchas veces, y de ello hay ejemplares, que el no estar en la memoria general de todos pende de omisión y descuido, y no de su imposibilidad, en que está la común creencia.

»Estas mutaciones vienen de causas naturales, aunque no siempre son unas, ni su disposición de un mismo modo; yo te haré ver en lo que pueda, cómo ésto puede ser.

»Las almas todas son de una misma especie, aunque haya alguna particular excelencia que les dió el Todopoderoso Criador de ellas; porque como absoluto é independiente de toda otra voluntad, dispuso con la poderosa suya esta obra; pero en todas puso las tres potencias: memoria, entendimiento y voluntad, que algunos dicen es la misma alma; y todas que estas potencias son inseparables, como que están unidas á ella con imposibilidad de separación.

»Distinguese el sabio del idiota, no en la mayor

»excelencia de su alma, sino en la mayor ó menor proporción y agilidad de los conductos del cuerpo, por donde pasan á ejercer sus funciones las potencias.

»La igualdad de entendimiento pende en la igualdad de conductos, y la desigualdad de la diferencia desigual de ellos: lo mismo sucede con las demás potencias; porque siendo la máquina y fábrica del hombre igual en todas sus partes, y desde el primero que formó la poderosa mano del gran Dios, hasta de presente, que se ha ido sucediendo de aquella misma disposición primera, no hay lugar para dudar, que unos tengan distinta disposición que otros. Lo mismo es el león, el ave, el pez, etcétera, cada uno concuerda en todo con el primero (no se habla de los mismos de dos especies, sino del que conserva su primera, como sucede al hombre) que crió aquella poderosa mano, en cuya obra resplandece su sabiduría, y su poder sin término: los insectos, los árboles, los arbustos, son todas perfectas copias del primero de su especie, así nos lo enseña la experiencia y anatomías.

»En este supuesto, nos queda que averiguar, en qué esté la diferencia de entendimientos, cuando las almas son iguales, y las potencias de ellas tienen en todos la misma fuerza: está, sin duda, en los órganos de la máquina por donde hacen sus funciones, y por donde pasan á ejercer sus destinos las potencias; pues los que se hallan entrapados con algunos sueros ó vapores, y la fábrica no tiene todos sus conductos libres, es preciso que impidan á la potencia su operación, ó se la limite más ó menos, según el más ó menos estorbo. La potencia, que halla corrientes sus órganos, opera, como espirituosa, á ejercer su destino, y éste es el entendimiento, que

»decimos claro, sublime, del primer orden, y otros
»nombres, que tienen los que discurren sabiamente;
»(así las otras dos, memoria y voluntad) pero si su
»paso por los órganos se impide con algún accidental
»estorbo, opera según la más ó menos fuerza de él,
»torpe, confuso, bajo en discurrir, y de un orden
»casi como irracional: estos sueros, ó vapores se
»hacen más visibles en los sueños, en donde, por esta
»causa, las potencias, que nunca duermen, se mani-
»fiestan en la imaginación posterior á ellos, con unas
»torpezas de discurrir tan extrañas y extravagantes,
»lo que no sucede despierto, donde estos sueros, ó
»vapores están quietos; pero si despiertos hacen su
»estranque, ¿cómo cuando se duerme, se piensa, y se
»discurre del mismo modo que dormidos? No son
»siempre estos vapores fijos, ni provienen siempre
»de una clase, varían más ó menos, según causas
»naturales de la masa de la máquina de que provie-
»nen, se disipan y ahuyentan de muchos modos, y
»por muchas causas, de que sería preciso para ex-
»plicarlo un crecido volumen, y no puedo reducirlos
»á esta carta.

»Vé, Benengeli, á Sancho con igual alma y má-
»quina que el hombre más sabido; pero nóta lo en
»este tiempo en algunas ocasiones destapados los
»órganos del entendimiento potencia; y en este caso,
»haciendo ésta su oficio sin estorbos, discurre como
»sabio: tápale su naturaleza al órgano, su conducto
»libre, y entonces como entrapado, aquél discurre
»como idiota y rústico, porque la potencia del alma
»no encuentra el paso franco: así sucede en el sol, no
»le quita nada de la fuerza de sus rayos la nube
»interpuesta de él á nosotros, quitale ésta solo el paso
»de aquellos á nosotros; y pues del sol me acordé
»para ponerte ejemplo, te digo que la poderosa mano

»de Dios nos dejó muy limitada vista para acertar á
»punto fijo y seguro el porqué de sus providencias,
»cómo obra nuestra naturaleza en su fábrica, de qué
»partes se compone, y su uso porque nosotros no
»necesitamos saber para nuestro último fin, lo que
»para él nada nos interesa: él solo, como Criador de
»todo, y de la máquina del hombre, sabe su compo-
»sición y sus piezas, su uso y resortes: á nosotros
»sólo toca usarla bien, sin querer penetrarla; porque
»esto lo reservó sólo para sí, en señal de su supremo
»sér, y poder para nosotros; porque aunque lo inten-
»temos, no conseguiremos otra cosa que conocer á
»cada paso nuestro limitado saber en todo: igual que
»nos sucedería si quisiésemos saber, por qué el sol,
»que desde el principio del mundo es el mismo, sin
»alteración, no se disipa su fuego, no teniendo pábulo
»que lo mantenga; ó por qué no varía su línea y pa-
»sos siempre iguales, que esto es mayor dificultad,
»y de mayor consideración, que la de que Sancho,
»teniendo una alma racional con sus tres potencias,
»discorra unas veces como sabio, y otras como idio-
»ta. El Dios de Abraham, de Isaac, y de Jacob te
»guarde, Benengeli, como le pide tu amigo,—Be-
»nanzel.»

Mientras pasaban en varios discursos el Cura, y el
Bachiller sobre si Sancho, siendo idiota, podía ó no
discurrir como tal, ó como sabio, dice la historia pá-
saban otros bien diferentes entre Sancho y Teresa;
porque habiendo madrugado á dar recado al rucio,
que con la buena nueva se habían olvidado de dár-
sele aquella noche, hallándose solos en casa, gozan-
do la libertad de no ser oídos (pues Sanchica, por
haberse desvelado con la alegría, dormía á pierna
suelta) acometió Teresa á Sancho, entre furiosa y
halagüeña, y dándole un abrazo, le dijo: Bendito

seas, Sancho, bendita la madre que te parió, bendito sea el duque mi señor, y la duquesa, y bendito antes que todos sea Dios que ha hecho en este lugar un milagro tan grande, como hacerte consultor del duque, como quien no dice nada; pero temo, Sancho mío, que si vas á la Corte te has de olvidar de todos nosotros, y mas de tu hija Sanchica, que está ya en punto y sazón de darla estado. ¿Pues qué, Teresa, os puedo yo olvidar? Lo que has de hacer es ir previéndome lo que te he de enviar luego que llegue, dijo Sancho entre grave y sacudido.

Quiero que me envíes lo primero un coche, porque ya teno grandísimas ganas de tenderme en él, y no es cosa de andar á pie, por el que dirán: Más dirán si te lo envío, respondió Sancho, porque te aseguro, que una persona como tú en coche, es como sacada á la vergüenza en él, y hará reír y hablar á quien lo vea: mira, Teresa, si Dios nos ha criado humildes, ¿porqué quieres que salgamos contra su voluntad, pareciendo lo que no somos? no, Teresa, no piensas bien, pregúntaselo al señor Cura, y verás como digo lo mismo que le he oído muchas veces; todo menos eso, Teresa, no demos que decir á quien nos conoce. Teresa, replicó Sancho, sólo quiero lo que tú quieras; pero mira, Sancho, ¿no has oído al Barbero, que cuando fué á la Corte á hacerse sangrador, vió en coche que era suyo á un compadre de parir, y nadie le decía nada? ¿pues por qué habían de decirlo de mí, que al fin soy mujer de un consultor, y no consultor así como quiera, sino del duque mi señor? Es verdad, respondió Sancho; pero primero es pagar lo que se debe, que traer coche. Calla, Sancho, ¿no has oído al señor Cura, que el deber y no pagar es de caballeros? pues si lo hacemos así, nos tendrán por tales; y si por tales nos tienen, ¿qué importa que no lo sea-

mos? Además que dijo cuando predicó la cuaresma pasada: los coches, á cuantos por traerlos los hace no comer; y si esto es así, porque sí será cuando el señor Cura lo dice, no sabemos cuál será más barato, comer por no traer coche, ó tener coche, y por ello no comer: es menester, Sancho, mirar lo más barato, porque los tiempos no están para desperdiciar nada: á lo que sea más ahorro es preciso estar; piénsalo al fin, que como dice el sacristán, bueno es consultar con la almohada cuando se haya de hacer.

Así debe ser, dijo Sancho, y vamos á almorzar que es tarde, y hay que hacer muchas cosas. Así lo ejecutaron con mucho gusto, tanto por los doscientos escudos que tenían asegurados, cuando por hallarse de un instante á otro con la consultoría, que nunca pudieron pensar.

Separáronse el Cura, y el Bachiller, después de haber gastado inútilmente el tiempo en sus disputas, para atender éste á sus quehaceres, y aquél á su rezo, el cual concluido, con el cuidado del nuevo consultor Sancho Panza, iba á salir de su casa para la de éste, cuando se halló con un hombre con traza de caballero en modos y en adornos, que venía de paso, según su declaración, y le traía memorias y expresiones de Cardenio, á quien titulaba su primo, y ya se dijeron sus aventuras de Sierra-Morena, muerte de su mula, locura, y demás que el tal caballero traía de memoria, como que había leído la historia de Don Quijote, publicada aún antes de su muerte: pidióle por merced con muchos cumplimientos le permitiese por pocos días alojarse en su casa, respecto de no haber en el pueblo ninguna correspondiente á su carácter, que satisfaría todos sus costos al llegar su recámara y criados, que habían salido después de él, mediante á haberse visto precisado

por un lance de honor en que mediaba una señora, á tomar la marcha tan á la ligera, y casi disfrazado con solo una maleta, y aquella mula que lo conducía; y que después le contaría los motivos estando seguro de que aprobaría su determinación.

Como el Cura era sano de embustes, de natural caritativo, y conoció á Cardenio, sin tener presente que sus locuras andaban impresas, creyó ser su recomendado don Aniceto, que así dijo llamarse, hospedándole desde luego en su casa como primo de Cardenio.

Era el tal don Aniceto hombre de corta edad, despejado, de genio agudo y alegre, de eco afrancesado; su traje, peinado y ademanes de última moda, y al fin, de estos que llaman de aspecto recomendable; pero, según después se manifestó, era realmente un caballero franco, petardista, de profesión embustero, que vivía de la industria y socarronería, haciendo uso de la cual, se había informado del carácter, y bondad del Cura, y tomado el pretexto de Cardenio, cuyos sucesos tenía presentes por la razón que se ha dicho; y la justicia por esta causa, sus muchos créditos sacados con engaño, había tomado á su cuenta el cobro de ellos, á instancia de los acreedores, y el de su persona para quitar de entre gentes dóciles esta polilla de bolsas y de mesas, cuyo número en todos tiempos y lugares no es corto.

Como el Cura le dijo se hallaba con la precisión de pasar á la casa de un feligrés, llamado Sancho Panza, á quien un duque había hecho su consultor, le fué fácil confirmar su bondad y ninguna malicia, y con este motivo recargando cortesías y expresiones de su propio oficio, se ofreció muy cumplidamente al obsequio del Cura, y á servirlo en lo que gustase, principalmente en el particular de su feligrés.

Parecióle al Cura que nunca estaría demás, pues don Aniceto venía de la Corte, que instruyese á Sancho en las urbanidades y cortesías que son anexas á ella, y de que Sancho estaba tan sin noticia; por lo que aceptó la oferta de don Aniceto, cuyo caso le ofrecía buen éxito en la instrucción que debería llevar el consultor, y pidiéndoselo como por favor al don Aniceto, aseguró éste su partido de alojamiento, bien que el Cura le dijo quedaba para ello poco tiempo; porque la orden del duque no daba mucho, pues decía que muy luego se pusiese en camino, y que solo tardaría aquel preciso para hacerle vestido correspondiente, para lo que el mismo duque había enviado dinero.

Aun para que sea correspondiente, y de última moda, puedo bien desempeñar el encargo, dijo don Aniceto, porque es lo primero de mi rigoroso instituto de caballero franco, el estar enterado de ellas, y he sido por antiguo, examinador, ó definidor de las dudas que son casi diarias en nuestra profesión. ¿Cuál es esa? dijo el Cura, que á la verdad nunca hasta ahora he oído tal caballería, ni instituto. Yo os diré de ella muy por menor, pues en mi equipaje traigo en uno de mis baúles (que sólo viene lleno de papeles curiosos) las constituciones, y otros documentos, que declaran quién fué su fundador, los priores, y sub-priores que ha tenido, y el catálogo de los profesores, y actuales novicios en el estado eclesiástico, político y militar, etc., porque de todas clases se hallan profesores, y en todas partes tiene este instituto sus individuos, conocidos por caballeros francos.